

NATALIA

Un relato sobre el amor y las estrellas fugaces

por Gabriel A. Lacelli

I

“¿De dónde vendrán las estrellas fugaces?” Me preguntó Natalia, mirando fijamente hacia el cielo, su pelo desalineado, casi siempre como descuidado, lo que le daba ese carácter etéreo que parecía alejarla de los problemas terrenales. Yo estaba muerto de amor (o de algo parecido) por ella, pero no encontraba el modo de hacérselo saber, ya que cada vez que conversábamos de nosotros o del fútbol o de la vida, parecía no ver ninguna de las “luces de bengala” que yo le encendía. Claro que, pequeño detalle, su corazón estaba ya ocupado por otro amor, y en lo mío se entremezclaban la pasión, las hormonas y cierto “touch” metafísico, casi platónico. A veces pensaba que, de última, lo único que me interesaba era decírselo...era simplemente que ella se entere de esa cosquilla que me provocaba verla caminar distraída entre los escritorios, aislada del resto de la oficina, o bajar del ascensor, sonreirme y preguntar cómo hacía el pobre aparato para no aburrirse de viajar siempre por el mismo lugar.

“Me contentaría aunque sea, con que lo sepa. Que sepa de mi amor desesperado por ella”. Y cuando yo melodramáticamente decía esto, entonces Jorgito me miraba fastidiado y me daba su visión descarnada y algo más procaz del asunto o Eduardo me retaba y me tiraba un sermón sobre la fidelidad inquebrantable de las mujeres, la inmadurez de los tipos como yo y unos cuantos argumentos a favor de quedarse en el “tranquilo-molde-de-la-conveniencia” versus los inciertos resultados de jugarse, meter la universalmente torpe pata masculina y, como contrapartida, recibir un doloroso “shot de cul” de la no siempre sabrosa, pero siempre firme pierna femenina. Pero lo mío iba más allá de la medición de tales riesgos.

Fue entonces que decidí escribir esto, con la pecaminosa esperanza que alguna vez Natalia lo lea, la que, en estos días olvidados de Dios que nos tocan vivir, creo que es una esperancita inocente.

II

Yo también me pregunté muchas veces cómo era que tantas estrellas estaban ahí, colgadas, suspendidas del telón negro de la noche, apolijando el camisón de la luna de María Elena Walsh. Ni hablar de las estrellas fugaces. Algo tan bello como poco común. “La gente no las valora, ni las mira, porque están ahí, como la luna, el sol o los árboles. Pero imagináte un jacarandá sin sus flores o un cielo sin estrellas”, me decía de chiquito mi abuelo, en las frescas noches de

verano, cuando todavía se escuchaba cantar a las ranas y los bichitos de luz poblaban el aire de los barrios. Y fue él quien me dió la primera versión de la génesis estelar: se trataba de chispas que saltaban de la fragua en la que Papá Noel y Los Reyes Magos trabajaban durante el año preparando los regalos que en las fiestas repartirían a todos los chicos del mundo. Y para qué les voy a contar la de martillazos que creí escuchar luego en las noches de insomnio!!

Después mi abuelo murió y mientras la pubertad se instalaba turbando mi espíritu, fue la de Ibañez, de geografía de primero, quien nos reveló con un brutal sopapo positivista la realidad. Eran simplemente aerolitos: inermes trozos de rocas líticas desprendidos de algún deshilachado e ignoto planeta que, procedentes del espacio intersidereal, entraban en ignición por fusión superficial al chocar con astronómica velocidad la atmósfera terrestre.

Los años siguientes fueron un hervidero: el descubrimiento de la guitarra, el amor y los amigos. Eran tiempos de compromiso político y estudiantil militancia. Las noches tenían entonces el significado de cálidas reuniones y de largas discusiones hasta la madrugada, que me distrajeron de aquel infantil interés por las estrellas. Sin embargo, el reencuentro sobrevino cuando Susana, mi adolescente amor imposible, cumplió 16 años. Quedábamos unos pocos cuando su papá (un extraviado geólogo, radical yrigoyenista él, que por entonces nos introdujo en la práctica de la gimnasia con grandes aparatos), nos habló apasionadamente de las constelaciones, del lenguaje de los astros y de la inmensidad de la vía láctea. En una etapa en que los límites se volvían difusos y las referencias sobreabundaban fue una visión diferente que me acercó nuevamente al tema estelar desde un costado no explorado: las estrellas como guías del hombre.

Pero fue finalmente unos pocos años después, que la verdad de todo esto me fue develada. Y tal como entonces me ocurrió a mí, se los cuento ahora a ustedes.

III

Ya corrían los oscuros tiempos de la dictadura y, tal vez por la forzada necesidad de crecer hacia adentro o por una incipiente manía de pasar algún rato a solas, comencé entonces con la singular (y peligrosa por la época) costumbre de realizar largas caminatas nocturnas. Así que era común salir pasada la medianoche, muñado de alguna petaca de ginebra que disminuyera la inclemencia del invierno. Eran noches espectaculares en las que el frío, que parecía limpiar el aire, y la soledad de las calles me producían la extraña sensación de haber sido yo elegido por la ciudad para que la cuide un poco de tanto horror.

Y fue una noche, más cristalina y fría que las demás, que lo ví por primera y única vez. Iba ya de regreso cruzando una placita cercana a mi casa. Él estaba barriendo y juntando unas hojas debajo de un apretado conjunto de tilos, cerca de las hamacas, quietas y abandonadas a esa hora. Me resultó tan extraño todo que, con algo de imprudencia y mucho de curiosidad, me dirigí hacia él. Era un viejito un tanto enclenque y de aspecto inofensivo.

“Dura la vida del barrendero” arranqué trivial, aludiendo a la alta hora y la baja temperatura de la noche. Mi miró con algo de picardía y, como haciendo un esfuerzo por conservar un secreto, me dijo que no era barrendero. *“Éste está más pirado que yo”*, pensé. Sin embargo, hacía su tarea con tan detallada aplicación, que merecía un gesto de respeto. *“¿Y entonces a qué se dedica?”* pregunté, acomodándome una exagerada y colorinche bufanda que mi hermana me había tejido por esos días, mientras le daba un “beso” a la petaca de ginebra y convidaba a mi esotérico interlocutor. Rechazó el ofrecimiento, aludiendo viejas dolencias hepáticas y me espetó: *“soy un hacedor de estrellas”*.

En literatura de cuarto año, en el Colegio, habíamos leído una novela de Olaf Stapledon que se titulaba Hacedor de Estrellas, de la cual me llegó repentinamente un borroso recuerdo: el sol matinal entrando sesgado por la vieja puerta del aula, mientras La Negra, El Coya, Gustavo y Adela discutían con todos los demás sobre la vanalidad pequeño-burguesa del personaje central. Pero este que tenía ahora frente a mí, en medio de la noche invernal, parecía bastante más consistente y real que aquel.

“¿Y de qué se trata el oficio?” volví a preguntar, esta vez movido por un sentimiento filocientífico. Así me hizo saber que la estrellas no son soles lejanos, como creen haberlo demostrado, Divinamente Engañados, los físicos y astrónomos, ni giran describiendo órbitas, ni son pre-existentes al hombre. Las estrellas, me confesó, *“se hacen”*, como una taza o una lapicera. *“Pero, ¿cómo las hacen, dónde están las fábricas, se producen a pedido, artesanalmente o en serie, cuáles son los materiales empleados?”* lo interrumpí ansiosamente, ya compenetrado del tema, proclive como era a zambullirme de cabeza en asuntos de difícil interpretación pero de dudoso provecho práctico.

“Las estrellas se hacen del amor”, me respondió lacónico y misterioso. *“Por eso son creaciones del hombre, nosotros somos simples mediadores, hacedores, una raza disidente de los ángeles, a los que Dios nos honró con esta noble tarea”*, continuó con un tono casi solemne. *“Así está la estrella incondicional del amor paternal, la sólida del amor fraternal, la constante del amor más*

allá de la muerte de los versos de Quevedo, la cálida del amor entre amigos, la recóndita del amor entre amantes, la inolvidable del primer amor, la imperecedera del amor a los padres, las hay de amores desesperados y tranquilos, también de amores atrevidos, pequeños, censurados, silenciosos, exagerados, la del amor a primera vista, la del infortunado amor de la novia olvidada de Marechal, la del amor tanguero de los zaguanes...”

“¿Y qué hay de las estrellas fugaces?”, detuve impaciente su listado de amores que amenazaba con dilatarse en exceso. “¿Es cierto que son chispazos?”. Me miró sin comprender esto último y sentenció: “*las estrellas fugaces son las de los amores no correspondidos, las de los amores desentrañados, las de los amores imposibles. Cada vez que alguien ama, se produce la sustancia, la materia prima, con la que se hace una estrella. La estrella durará en principio, una noche. Si el amor es correspondido, la estrella permanecerá. En caso contrario, caerá, deshaciéndose en una estela, esa que ustedes llaman estrellas fugaces. Pero si el amor, aunque asimétrico, fue intenso sus pedazos pueden ser refundidos para un nuevo amor*” Fue entonces en ese momento, en el preciso instante en que terminaba de barrer, en que me dí cuenta que lo que juntaba no eran hojas, sino pedazos de una estrella.

Sin mucha pompa se despidió dejándome sólo con mi desconcierto. Cuando ya casi se perdía, tarareando una dulce canzoneta italiana, alcancé a hacerle una última y trascendental pregunta: “¿Y cómo te encuentro si alguna vez te preciso, me refiero, si alguna vez tengo un amor y no sé como decírselo?”. Sopesó la posibilidad de otorgarme alguna ventaja sobre el resto de los mortales, develándome algo que debía descubrir por mí mismo. “*Como se hizo siempre: sentáte y escribilo. O hace una canción. De alguna manera, yo me voy enterar*”. Y desapareció.

IV

Entonces determiné que escribiría y le contaría esta verdad al mundo. Así el hacedor de estrellas se va a enterar y esta noche hará brillar una estrella nueva en el cielo. Si Natalia la descubre me verá a mí, sonriéndole con timidez. Pero si ella no la ve, entonces...

...una estrella fugaz cruzará el cielo de la ciudad, seguramente alguien al verla caer pedirá un deseo, y en alguna plaza un viejito enclenque de aspecto inofensivo la juntará tarareando una canzoneta italiana.